

LOS OTROS DÍAS

Recorrer la ciudad libro en mano

En *Memoria de soldado* describo el comportamiento un tanto peculiar de una abuela que nunca existió. Se cuenta en la novela el afán, casi diría la necesidad de una mujer, por acercarse a las lindes de una carballeira, llegada la hora del atardecer, esa siempre tan próxima, que marca la ocupación del mundo por los animales de la noche, en sucesión de la de los del día, que tienen que recluirse en sus moradas, a fin de poder silbar, en la misma frontera de la tarde, casi en el extremo de la luz, un imposible diálogo con un mirlo, el pájaro avisador del bosque, el eterno vigilante, pregonero de la noche. Esa abuela nunca existió. Quien así se comportaba era mi padre, fallecido hace hoy miles de mirlos, cuarenta y tres años, nada menos.

Si hoy hiciese buen tiempo y yo supiese silbar como él lo hacía, recorrería Compostela armado con la Guía Verde que, coordinada por María Isabel Fraga, acaba de publicar Alvarellos. Hace años, desde entonces la cifra sin duda que ha aumentado, Compostela era la ciudad europea, después de Berlín, con más



Alfredo Conde

Escritor, Premio Nadal
y Nacional de Literatura

El libro de los nombres de los pájaros debería ser un manual de texto en las escuelas

zonas verdes embelleciendo su seno urbano. Ahora esta guía lo confirma o, si no lo hace así, pues para nada da cifras o aporta datos, por lo menos lo señala o significa, o eso creo.

Acabo de hojearla lo suficiente como para saber que si hoy luciese el sol y la temperatura fuese amena, armado de tiempo y del mismo afán que movería a mi padre, recorrería los parques y jardines compostelanos, algunos de ellos, con ella en la mano, identificando árboles de especies variadas, los entornos que la prisa ciudadana nos veda de forma cotidiana, la calma que los enseorea e intentando re-

cordar el trino de los pájaros, sus vuelos rápidos, cuando no fugaces, sus desplazamientos más insólitos o los altos nidos que el invierno desvela y la primavera volverá a convertir en invisibles.

Poder recorrer el interior de una ciudad, libro en mano, para saber el nombre de cada árbol que la habita es un placer solo superable por el de conocer, también, los de los pájaros que los ocupan. No sé qué pensarán ustedes pero yo, que me he pasado la vida entera leyendo, que he leído (y estudiado) mil parvas sin el menor sentido o aplicación, sin la menor utilidad o aporte, creo que un libro así y el de los nombres de sus pájaros debería ser un manual de texto en las escuelas y deberíamos ver a los jóvenes, más que a los niños, aunque también, paseando los parques, libro en mano, tocando las cortezas de sus troncos, acariciando la dulce textura de sus hojas, paladeando sus nombres casi siempre hermosos y sabiendo, en fin, como es el mundo que ocupamos para poder transmitirlo, tal cual, sin variaciones. Tal como nos lo dejaron.